

desacatos é injurias contra la humanidad se cometieron entónces; é injurias, desacatos y crueldades se cometen hoy contra la misma, bajo iguales pretextos.

“La humanidad, dice el célebre Buffon, grita contra estos odiosos tratamientos que ha introducido la codicia, y que acaso renueva todos los dias, si nuestras leyes, poniendo freno á la brutalidad de los amos, no hubieran cuidado de hacer algo menor la miseria de sus esclavos; se les hace trabajar mucho, y se les dá de comer poco, aun de los alimentos mas ordinarios, dando por motivo que los negros toleran fácilmente el hambre, que con la porcion que necesita un europeo para una comida tienen ellos bastante para tres dias, y que por poco que coman y duerman, están siempre igualmente robustos y con iguales fuerzas para el trabajo. ¿Pero, cómo unos hombres que tengan algun resto de sentimiento de humanidad, pueden adoptar tan crueles máximas, erigirlas en preocupaciones, y pretender justificar con ellas los horribles excesos á que la sed del oro los conduce? Dejémoslos de tan bárbaros hombres.....”

Es verdad que los gobiernos cultos han repugnado este ilícito y descarado comercio, y sin lisonjear á España, el suyo ha sido de los más opuestos. Vd. (me dijo el negro) vd. como español sabrá muy bien las restricciones que sus reyes han puesto en este tráfico, y sabrá las ordenanzas que sobre el tratamiento de esclavos mandó observar Carlos III; pero todo esto no ha bastado á que se sobresea en un comercio tan impuro. No me admiro: éste es uno de los gajes de la codicia. ¿Qué no hará el hombre, qué crimen no cometerá cuando trate de satisfacer esta pasion? Lo que me admira y me escandaliza es ver estos comercios tolerados, y estos malos tratamientos consentidos en aquellas naciones, donde dicen reina la religion de la paz, y en aquellas en que se recomienda el amor del semejante como el propio del individuo. Yo deseo, seño-

res, que me descifreis este enigma. ¿Cómo cumpliré bien los preceptos de aquella religion que me obliga á amar al prójimo como á mí mismo, y á no hacer á nadie el daño que repugno, comprando por un vil interés á un pobre negro, haciéndolo esclavo de servicio, obligándolo á tributarme á fuer de un amo tirano, descuidándole de su felicidad, y acaso de su subsistencia, y tratándolo, á veces, quizá poco ménos que á bestia? Yo no sé, repito, cómo cumpliré en medio de estas iniquidades con aquellas santas obligaciones. Si vdes. saben cómo se concierta todo esto, os agradeceré me lo enseñeis, por si algun dia se me antojare ser cristiano y comprar negros como si fueran caballos: Lo peor es que sé por datos ciertos, que hablar con esta claridad no se suele permitir á los cristianos por razones que llaman de estado ó que sé yo: lo cierto es, que si esto fuere así, jamás me aficionaré á tal religion; pero creo que son calumnias de los que no la apetecen.

Sentado esto, he de concluir con que el mal tratamiento, el rigor y desprecio con que se han visto y se ven los negros, no reconoce otro origen que la altanería de los blancos, y ésta consiste en creerlos inferiores por su naturaleza, lo que, como dije, es una vieja é irracional preocupacion.

Todos vosotros los europeos no reconocéis sino un hombre, principio y origen de los demas; á lo ménos los cristianos no reconocen otro progenitor que Adan, del que, como de un árbol robusto, descenden ó se derivan todas las generaciones, solo porque se diferencian en colores, cuando esta variedad es efecto ó del clima, ó de los alimentos, ó si quereis, de alguna propiedad que la sangre ha adquirido y ha trasmitido á tal y tal prosperidad por herencia. Cuando leéis que los negros desprecian á los blancos por serlo, no dudais de tenerlos por unos necios; pero jamás os juzgais con igual severidad cuando pensais de la misma manera que ellos.

Si el tener á los negros en ménos es por sus costumbres, que

llamais bárbaras, por su educacion bozal y por su ninguna civilizacion europea, deberiais advertir que á cada nacion le parecen bárbaras é inciviles las costumbres ajenas. Un fino europeo será en el Senegal, en el Congo, Cabo Verde, etc., un bárbaro, pues ignorará aquellos ritos religiosos, aquellas leyes civiles, aquellas costumbres provinciales, y por fin aquellos idiomas. Transportad con el entendimiento á un sabio cortesano de Paris en medio de tales países, y lo vereis hecho un tronco, que apenas podrá, à costa de mil señas, dar à entender que tiene hambre. Luego, si cada religion tiene sus ritos, cada nacion sus leyes y cada provincia sus costumbres, es un error erasísimo el calificar de necios y salvajes á cuantos no coinciden con nuestro modo de pensar, aun cuando éste sea el más ajustado á la naturaleza, pues si los demás ignoran estos requisitos por una ignorancia inculpable, no se les debe atribuir á delito.

Yo entiendo que el fondo del hombre está sembrado por igual de las semillas del vicio y de la virtud: su corazon es el terreno oportunamente dispuesto á que fructifique uno ú otra, segun su inclinacion ó su educacion. En aquella influye el clima, los alimentos y la organizacion particular del individuo, y en ésta la religion, el gobierno, los usos pátrios y el mas ó ménos cuidado de los padres. Luego nada hay que extrañar que varien tanto las naciones en sus costumbres, cuando son tan diversos sus climas, ritos, usos y gobiernos.

Por consiguiente, es un error calificar de bárbaros á los individuos de aquella ó aquellas naciones ó pueblos que no suscriben á nuestros usos, ó porque los ignoran, ó porque no los quieren admitir. Las costumbres mas sagradas de una nacion son tenidas por abusos en otras; y aun los pueblos mas cultos y civilizados de Europa, con el trascurso de los tiempos, han desechado como inepeias mil envejecidas costumbres que veneraban como dogmas civiles,

De lo dicho se debe deducir, que despreciar á los negros por su color y por la diferencia de su color y costumbres, es un error; el maltratarlos por ello, crueldad; y el persuadirse à que no son capaces de tener almas grandes que sepan cultivar las virtudes morales, es una preocupacion demasiado crasa, como dije al señor oficial, y preocupacion de que os tiene harto desengañados la experiencia, pues entre vosotros han florecido negros sábios, negros valientes, justos, desinteresados, sensibles, agradecidos y aun héroes admirables.

Calló el negro, y nosotros no teniendo que responder, callamos tambien, hasta que el oficial dijo: yo estoy convencido de esas verdades, mas por el ejemplo de vd. que por sus razones, y creo desde hoy que los negros son tan hombres como los blancos, susceptibles de vicios y de virtudes como nosotros, y sin más distintivo accidental que el color, por el cual no se debe en justicia calificar el interior del animal que piensa, ni ménos apreciarlo ó abatirlo.

Iba á interrumpirse la tertulia, cuando yo, que deseaba escuchar al negro todavía, llené los vasos, hice que brindáramos á la salud de nuestros semejantes los negros, y concluida esta agradable ceremonia, dije al nuestro: Mr., es cierto que todos los hombres descendemos despues de la primera causa de un principio creado, llámese Adan, ó como vd. quiera: es igualmente cierto, que segun este natural principio, estamos todos ligados íntimamente con cierto parentesco ó conexion innegable, de modo que el emperador de Alemania, aunque no quiera, es pariente del mas vil ladron, y el rey de Francia lo es del último trapero de mi tierra, por mas que no se conozcan ni lo crean; ello es que todos los hombres somos deudos los unos de los otros, pues que en todos circula la sangre de nuestro progenitor, y conforme á esto es una preocupacion, como vd. dice, ó una quijotería el despreciar al negro por negro:

una crueldad venderlo y comprarlo, y una tiranía indisimulable el maltratarlo.

Yo convengo en esto de buena gana, pues semejante trato es repugnante al hombre racional; mas limitando lo que vd. llama desprecio á cierto aire de señorío con que el rey mira á sus vasallos, el jefe á sus subalternos, el prelado á sus súbditos, el amo á sus criados y el noble á los plebeyos, me parece que esto está muy bien hecho en el orden económico del mundo; porque si porque todos somos hijos de un padre y componemos una misma familia, nos tratamos de un mismo modo, seguramente perdidas las ideas de sumisión, inferioridad y obediencia, el universo sería un caos en el que todos quisieran ser superiores, todos reyes, jueces, nobles y magistrados; y entónces ¿quién obedecería? ¿Quién daría las leyes? ¿Quién contendría al perverso con el temor del castigo? ¿Y quién pondría á cubierto la seguridad individual del ciudadano? Todo se confundiría, y las voces de igualdad y libertad fueran sinónimas de la anarquía y desenfreno de todas las pasiones. Cada hombre se juzgara libre para erigirse en superior de los demás: la natural soberbia calificaría de justas las atrocidades de cada uno, y en este caso nadie se reconocería sujeto á ninguna religion, sometido á ningún gobierno, ni dependiente de ninguna ley, pues todos querrian ser legisladores y pontífices universales: y ya ve vd. que en esta triste hipótesis todos serian asesinatos, robos, estupro, sacrilegios y crímenes.

Pero por dicha nuestra, el hombre, viendo desde los principios que tal estado de libertad brutal le era demasiado nociva, se sujetó por gusto y no por fuerza, admitió religiones y gobiernos, juró sus leyes, é inclinó su servíz bajo el yugo de los reyes ó de los jefes de las repúblicas.

De esta sujecion dictada por un egoismo bien ordenado, nacieron las diferencias de superiores é inferiores que advertimos en todas

las clases del estado, y en virtud de la justificacion de esta alternativa, no me parece violento que los amos traten á sus criados con autoridad, ni que estos los reconozcan con sumision, y siendo los negros esclavos unos criados adquiridos con un particular derecho en virtud del dinero que costaron, es fácil concebir que deben vivir mas sujetos y obedientes á sus amos, y que en éstos reside doble autoridad para mandarlos.

Callé, y me dijo el negro: español, yo no sé hablar con lisonja: vd. me dispense si le incomoda mi sinceridad; pero ha dicho algunas verdades que yo no he negado, y de ellas quiere deducir una conclusion que jamás concederé.

Es inconcuso que el orden gerárquico está bien establecido en el mundo, y entre los negros y los que llamais salvages hay alguna especie de sociedad, la cual aún cuando esté sembrada de mil errores lo mismo que sus religiones, prueba que en aquel estado de barbarie tienen aquellos hombres alguna idea de la Divinidad y de la necesidad de vivir dependientes, que es lo que vosotros los europeos llamais vivir en sociedad.

Segun esto; es preciso que reconozcan superiores y se sujeten á algunas leyes. La naturaleza y la fortuna misma dictan cierta clase de subordinaciones á los unos, y confieren cierta autoridad á los otros; y así ¿en qué nacion, por bárbara que sea, no se reconoce el padre autorizado para mandar al hijo, y éste constituido en la obligacion de obedecerlo? Yo no he oido decir de una sola que esté excluida de estos innatos sentimientos.

Los mismos tiene el hombre respecto de su mujer, y ésta de su marido: el amo respecto de su criado: el señor respecto de sus vasallos: éstos de aquellos y así de todos.

¿Y en qué nacion ó pueblo de los que llaman salvages, vuelvo á decir, dejarán los hombres de estar ligados entre sí con alguna de

estas conexiones? En ninguno, porque en todos hay hombres y mujeres, hijos y padres, viejos y mozos. Luego pensar que hay algun pueblo en el mundo donde los hombres vivan en una absoluta independencia y disfruten una libertad tan brutal que cada uno obre segun su antojo, sin el mas mínimo respeto ni subordinacion á otro hombre, es pensar una quimera, pues no sólo no ha habido tal nacion, mientan como quieran los viajeros, pero ni la pudiera haber, porque el hombre, siempre soberbio, no aspiraria sino á satisfacer sus pasiones á toda costa, y cada uno, queriendo hacer lo mismo, se querria erigir en un tirano de los demás, y de este tumultuoso desórden se seguiria sin falta la ruina de sus individuos. Hasta aquí vamos de acuerdo vd. y yo.

Tampoco me parece fuera de la razon que los amos y toda clase de superiores se manejen con alguna circunspeccion con sus súbditos. Esto está en el órden, pues si todos se trataran con una misma igualdad, éstos perderian el respeto á aquellos, á cuya pérdida seguiria la insubordinacion, á ésta el insulto, y á éste el trastorno general de los estados.

Mas no puedo coincidir con que esta cierta gravedad ó seriedad pase en los superiores á ser seño, orgullo y altivez. Estoy seguro que así como con lo primero se harán amables, con lo segundo se harán aborrecibles.

Es una preocupacion pensar que la gravedad se opone á la afabilidad, cuando ámbas cosas cooperan á hacer amable y respetable al superior. Cosa ridícula seria que éste se expusiera á que le faltaran al debido respeto los inferiores, haciéndose con ellos uno mismo; pero tambien es cosa abominable el tratar á un superior que á todas horas vé al súbdito erguido el cuello, rezongando escasísimas palabras, encapotando los ojos y arrugando las narices como perro dogo. Esto léjos de ser virtud es vicio: no es gravedad sino quijotería. Nadie compra mas baratos los corazones de los

hombres que los superiores, y tanto ménos les cuestan, cuanto mas elevada es el grado de superioridad. Una mirada apacible, una respuesta suave, un tratamiento cortés, cuesta poco y vale mucho para captarse una voluntad; pero por desgracia la afabilidad apénas se conoce entre los grandes. La usan, sí, mas la usan con los que han menester, no con los que los han menester á ellos.

Yo he viajado por algunas provincias de la Europa, y en todas he observado este proceder, no sólo en los grandes superiores, sino en cualquier rico..... ¿qué digo rico? Un atrapalmejas, un empleado en una oficina, un mayordomo de casa grande, un cajerillo, un cualquiera que disfrute tal cual proteccion del amo ó jefe principal, ya se maneja con el que lo va á ocupar por fuerza, con mas orgullo y grosería que acaso el mismo en cuyo favor apoya su soberbia. ¡Infelices! no saben que aquellos que sufren sus desaires son los primeros que abominan su inurbana conducta y maldicen sus *altísimas* personas en los cafés, calles y tertulias, sin descuidarse en indagar sus cunas y los modos acaso vergonzosos con que lograron entronizarse.

Me he alargado, señores; mas vdes. bien reflexionarán que yo sé conciliar la gravedad conveniente á un amo, ó sea el superior que fuere, con la afabilidad y el trato humano debido á todos los hombres; y vd., español, advertirá que unas son las leyes de la sociedad, y otras las preocupaciones de la soberbia: que por lo que toca al *doble derecho* que vd. dijo que tienen los amos de los negros para mandarlos, no digo nada, porque creo que lo dijo por mero pasatiempo; pues no puede ignorar que no hay derecho divino ni humano que califique de justo el comerciar con la sangre de los hombres.

Diciendo esto se levantó nuestro negro, y sin exigir respuesta á lo que no la tenia, brindó con nosotros por última vez, y abrazán-

donos y ofreciéndonos todos recíprocamente nuestras personas y amistad, nos retiramos á nuestras casas.

Algunos dias despues tuve la satisfaccion de verme á ratos con mis dos amigos el oficial y el negro, llevándolos á casa del coronel, quien les hacia mucho agasajo; pero me duró poco esta satisfaccion, porque al mes del suceso referido se hicieron á la vela para Lón-dres.

En el mes de Mayo de 1764 me casé con una Señora de familia y de bienes, y me casé con ella en el mes de Mayo de 1764. En el mes de Mayo de 1764 me casé con una Señora de familia y de bienes, y me casé con ella en el mes de Mayo de 1764.

En el mes de Mayo de 1764 me casé con una Señora de familia y de bienes, y me casé con ella en el mes de Mayo de 1764. En el mes de Mayo de 1764 me casé con una Señora de familia y de bienes, y me casé con ella en el mes de Mayo de 1764.

CAPITULO II.

Prosigue nuestro autor contando su buena conducta y fortuna en Manila. Refiere su licencia, la muerte del coronel, su funeral y otras friolerillas pasaderas.

EN los ocho años que viví con el coronel me maneje con honradez, y con la misma correspondí á sus confianzas, y esto me proporcionó algunas razonables ventajas, pues mi jefe, como me amaba y tenia dinero, me franqueaba el que yo le pedia para comprar varias anchetas en el año, que daba por su medio á algunos comerciantes para que me las vendiesen en Aca-pulco. Ya se sabe que en los efectos de China, y mas en aquellos tiempos y á la sombra de las *cajas* que llaman de *permiso*, dejaban de utilidad un ciento por ciento y tal vez mas. Con esto es fácil concebir, que en cuatro viages felices que logré, hicieran mis co-misionados, comenzando con el principalillo de mil pesos, al cabo de los ocho años ya yo contaba mios como cosa de ocho mil, ad-